El tratante de almas

Elfidio H. Ramírez

Capítulo 1

El Tratante de Almas

Elfidio H. Ramírez

1

Avanzó hacia las puertas del juzgado. Salió del edificio y el sol le obligó a oscurecer la vista con sus gafas. La mañana era fresca y la brisa del mar volvió a llenar sus pulmones. Bajo el brazo llevaba aquel metálico porta-documentos cilíndrico que día a día le acompañaba. Se acercó al semáforo de la amplia avenida y junto a los demás peatones esperó que volviera a ponerse en verde. No tardó mucho. Tras pocos segundos le permitió seguir su camino y así lo hizo, pero algo le obligó a frenarse en seco. Los demás peatones, los coches, los pájaros, las hojas e incluso el viento se habían parado a su alrededor. Todo estaba inmóvil, inerte, muerto en vida. Alzó la vista al cielo, levantó ligeramente las gafas y sonrió para luego reanudar la marcha. A los pocos segundos todo volvió a la normalidad.

Al cruzar la calle y ya sobre la acera escuchó a su espalda la voz ronca de un hombre.

— ¿Otra vida arruinada bajo tu brazo?

—No—respondió sosegadamente mientras continuaba su camino sin girarse— Simplemente otro negocio bien hecho. Por cierto, sobre el número de antes. Cuando empecé en esto me impresionaba, no te lo puedo negar, pero ya resulta aburrido. ¿No tenéis otra manera de presentaros o es que ya vuestra imaginación no da para más?

Era la voz de una niña la que ahora se dirigía a él.

—Sabes que todos morirían si lo hiciéramos de otra manera.

—Ya lo sé, y realmente me gusta que sea así.

— ¿Por qué te gusta? —inquirió la voz de una anciana.

—Porque no podéis usar esa estratagema para sorprenderme. Ya no. Pecáis de buenos y no podéis permitiros dañar a nadie.

—Realmente eres un pícaro— susurró una cándida voz de mujer.

Esta vez sí se detuvo. Recordó esa frase que tantas veces oyó antaño. Giró lentamente y la vio. Igual de bella que hacía cien años. Sus rubios

rizos reposaban sobre los hombros y aquellos ojos azules lo miraban fijamente. Bajó lentamente sus oscuras gafas y la observó con detenimiento.

—Os dije hace tiempo que no la usarais nunca más, ¿me oís?, ¡Nunca! —gritó al finalizar.

Ella impasible se limitó a sonreír

—Mamá, ¿por qué grita ese señor? ¿Está enfadado?

Un niño que pocos años y que apenas levantaba unos palmos del suelo le señalaba con su diminuto brazo mientras con el otro agarraba fuertemente la mano de su madre. Ella le miraba asustada y sin responder apresuró la marcha arrastrándolo.

Arrepentido, dejó caer la cabeza mirando al suelo mientras gesticulaba negativamente.

—No te has hecho visible, ¿verdad? Maldito cabrón—murmuró

La oyó reír y al alzar la vista nuevamente ya había desaparecido. Luego, noto la ligera presión de una mano en su hombro acompañada de otra voz, esta vez de hombre que también reconoció.

— ¿Qué tal un café? A este invito yo.

Juntos caminaron hacia el centro comercial aledaño al mercado. Subieron por las pronunciadas escaleras paralelas a la entrada del parking, sobre la cual se encontraba la cafetería, y dirigiéndose hacia una de las mesas libres situada en la esquina de la terraza, se sentaron uno frente al otro.

—No hay buenas vistas que digamos, ¿no prefieres otro lugar? —le preguntó

—Éste está bien Michael— respondió mientras de su abrigo sacaba una pitillera dorada.

—Ese vició te acabará matando.

Rió mientras tras abrirla encendía un cigarrillo.

— ¿No recuerdas que con mi trabajo me evito ese problema?

Inspiró profundamente y exhaló sobre Michael todo el humo obligando a que girara la cabeza.

—Tranquilo hombre, a ti te daña lo mismo que a mí. Nada—sentenció

Michael le volvió a mirar mientras se dejaba caer sobre el respaldo de la silla.

—Sí, pero eso no implica que me tenga que gustar ese olor tan nauseabundo

Volvió a reír e inspirar una nueva calada.

—Vuestro jefe os debería dejar divertiros de vez en cuando. ¿No creó él la famosa gracia de Dios?

No le respondió. Ese último chiste no le había gustado y lo sabía.

—Lo siento— dijo disculpándose mientras apagaba el cigarrillo en el cenicero—, pero me ha puesto de mal humor la estratagema que usaste. Ha sido de mal gusto.

—Pensé que quizás te gustaría volverla a ver. Es bueno mantener los recuerdos, ¿no crees?

Le miró fijamente. Ahora era a él a quien no le gustaba esa respuesta.

—Hubiera deseado verla a ella, no a ti usurpando su imagen. ¿Acaso no recuerdas qué pasó la última vez?

Asintió a la vez que bajaba la mirada hacia la mesa.

—Eso fue hace ya hace cien años y todos lo hemos olvidado.

Volvió a coger la pitillera para encender nuevamente otro cigarrillo.

—Yo no.

El camarero les interrumpió

—Buenos días señores, ¿qué van a tomar?

Exhaló el humo y preguntó.

—Michael, ¿tú lo de siempre verdad?

Michael afirmó con un leve gesto de cabeza

—Para él un café con leche y para mí un café solo.

El camarero tomó nota y se retiró.

—Es irónico.

— ¿El qué? — pregunto Michael.

—Tú y yo juntos aquí tomándonos un café.

Michael sonrió

—No todos los momentos entre los nuestros deben ser malos.

—Quizás tengas razón. Al fin y al cabo, si tu jefe fue capaz de convertir el agua en vino, por qué nosotros no podemos ser capaces de compartir una taza de café. Esto sí es realmente un milagro, ¿no crees?

Ambos volvieron a sonreír y tras ello mantuvieron el silencio varios minutos observando la gente pasear frente a ellos. El camarero se acercó nuevamente. Esta vez traía una bandeja con el pedido. Lo sirvió y se retiró.

Michael cogió un sobre de azúcar. Lo abrió y lo vació dentro del café con leche removiéndolo lentamente. Observó el porta documento metálico que Aarón había dejado sobre la mesa y las inscripciones que había talladas en él. No las entendía. Nunca las entendió.

— ¿Qué le has prometido a ese infeliz Amadeo?

Tras oír la pregunta dio un sorbo de la taza de café y la volvió a dejar sobre el platillo.

—Amadeo. Hacía tiempo que no oía mi propio nombre.

—Es un nombre bello—dijo Michael haciendo una leve pausa para dar él también un sorbo a su bebida—Amadeo… amado de Dios, el que ama a Dios.

Amadeo cogió nuevamente la taza de café y acabó el resto que le quedaba. Volvió a dejarla sobre el platillo y dio una calada del cigarro que había dejado reposando en el cenicero.

—Amado de Dios. Poco me amó cuando dejó que quemaran a mi familia junto a mí en la plaza de aquel pueblo. ¿Dónde estaba él para amarme en ese momento? —Su tono empezó a violentarse— ¿No oía mis gritos llamándole? Y los de mi mujer, ¿tampoco los oía mientras el fuego abrasaba su piel? Y el del hijo que portaba en sus entrañas, mi hijo. ¿Es que él no sufrió y gritó en el vientre de su madre? ¿O acaso estaba abstraído oyendo la jauría que ocupaba aquella maldita plaza adorándole?

¿Qué le llamaba más la atención a tu jefe? ¿Los gritos de súplica de dos de sus más fervorosos creyentes y de una inocente criatura que venía en camino o aquella masa inculta y enfermiza deseosa de sangre y de olor a carne quemada? No hace falta que me respondas porque ambos sabemos la respuesta.

Michael sintió con pena el dolor de sus palabras.

—Amadeo, escucha.

—No vuelvas a llamarme Amadeo. Hace tiempo que dejé de usar ese nombre. ¿Sabías que mi madre me lo puso por el amor que le profesaba a tu jefe?

—Lo sé. Sé casi todo de ti, pero podrías contarme más y hacerme entender. Quiero comprender el porqué de tus acciones y el camino que elegiste. Aunque no lo creas te he admirado durante muchísimo tiempo y sé que las veces que nos hemos tropezado lo he dejado patente. Hoy has vuelto a arrebatarnos algo importante. Has hecho un buen negocio y tu Señor seguro que te permite unas horas de libertad. Fuiste nuevamente más rápido que yo. Te vi salir satisfecho del juzgado.

—Aarón.

— ¿Perdona? —preguntó extrañado Michael.

—Aarón—repitió nuevamente— Desde el setenta y cinco me llamo así. Aproveché el caos que había durante la transición para cambiar mi nombre.

— ¿Y qué paso con Jesús? La última vez que nos vimos, te hacías llamar así. La verdad es que a muchos no les gusto la elección.

—Eso ocurrió en 1914, durante la Gran Guerra. —Aarón suspiró con una extraña melancolía en su gesto— Parece que fue ayer. Supongo que la rebeldía que vivió en mundo en esa época hizo que optara por tomar ese nombre cuando volví a adquirir una nueva identidad.

Michael bebió de su taza. Saboreó la bebida lentamente y volvió a hablar.

—El siglo veinte ha sido bastante productivo para ti.

—No me puedo quejar la verdad. Debo reconocer que tengo a mi jefe contento y al tuyo no tanto.

Michael, a punto de volver a dar otro sorbo, dejó lentamente la taza sobre el plato. Luego apoyo las manos sobre sus rodillas y se recostó una vez

más en la silla.

— ¿Puedes dormir por las noches tranquilamente sabiendo el horror que has dejado a tu paso? Ningún antecesor tuyo ha conseguido hacer lo que tú has logrado. Has traído tanto mal a este planeta que desde tu conversión nada ha sido igual. En ochocientos años has acabado con las vidas de millones de personas y ahí estás. Tranquilo como si nada de esto fuese contigo. A veces pienso que tú eres el auténtico mal y tu jefe es simplemente una marioneta.

Aarón se mantuvo en silencio mientras Michael le hablaba. Cuando finalizó sus palabras dio una calada y apagó el resto del cigarro.

— ¿Dormir dices? Te atreves a decirme si duermo tranquilamente. ¿Quién eres tú para juzgarme? La mayoría de las noches me despierto bañado en sudor oyendo los gritos de mi mujer y viendo como su cuerpo se desfiguraba por el fuego. Mejor harías en hacerle esa pregunta a tu jefe. Amigo, te equivocas. Yo no he empezado esto y mucho menos he matado a nadie. Y otra cosa más, no te confundas. Yo no hago promesas, doy soluciones a los deseos de la gente a cambio de algo que para muchos no tiene valor ninguno, su alma. Pobres ilusos. Simplemente les entrego una guía de cómo deben hacer, si ellos la siguen o no es su problema. Como ves, soy un simple asesor.

— ¡Eres un Tratante! — interrumpió con tono airado para rápidamente volverlo a bajar tras darse cuenta que varios usuarios de la terraza giraron sus miradas hacia ellos —, un Tratante de almas. Las de aquellos que consigues y las almas de las vidas que se pierden por culpa de estos.

—Cada uno hace lo que quiere con su vida. Fue tu jefe quien impuso el libre albedrío y como dijo uno de tus compañeros hace mucho tiempo, esa fue la razón por la que no me ayudó cuando lo necesitaba. Por el libre albedrío. Pues ahí lo tienes, libre albedrío para todos.

Volvieron a mantener el silencio varios minutos más. Michael sabía que no había comenzado bien la conversación, pero quería continuarla. Algo en Aarón le atraía. No sabía si esa atracción era el odio que sentía hacia Dios por el mal que decía haberle propinado injustamente o por los logros que conseguía con sus palabras. Sentía a la vez aversión y admiración y eso le impedía dejar la conversación y que sus ansias de conocerle mejor acabarán ahí.

—Ha pasado ya algún tiempo desde la última vez que estuviste por aquí.

— ¿Por Tenerife? Si, unos setenta años. Ha cambiado bastante esta isla—respondió Aarón mientras seguía observando sobre la barandilla el ir

y venir de la gente hacia el mercado.

—Fue en el 36, ¿verdad?

Aarón giró la cabeza en busca del camarero y al verlo le hizo una señal para que regresara a la mesa.

—Si—respondió a Michael ya mirándole a la cara—Hice daño a tu jefe con ese trato, ¿no es así? Entiendo que me odie.

—No te odia y lo sabes. Te recogería con los brazos abiertos si quisieras ir hacia él. Ni siquiera pide tu perdón. Él es bueno y sabio y…

Aarón interrumpió.

— ¡Por tu dios, cállate! Resultas empalagoso ¿Acaso te estás oyendo? Les di el poder en el 36 a sus creyentes. A su ejército aquí en la tierra, a su Iglesia ¡joder! —exclamó susurrando para que nadie los mirara—, y ya sabes lo que hicieron ellos. Consiguieron la mayor represión cultural, civil y científica que nunca hubo en este país. Y lo mejor es que formaba parte del trato que firmó ese pequeño cabrón. Pensaba que, si firmaba eso, cuando muriera simplemente con pedir perdón todo se olvidaría, pero no leyó la letra pequeña. Su alma fue donde debía ir. Me hubiera gustado verle la cara cuando abrió los ojos y vio su nueva residencia. En el fondo tu jefe debería estarme agradecido al evitar que esas alimañas entren en su casa.

—Cuéntame.

Aarón le miró extrañado

— ¿Qué te cuente el qué?

—Tú historia Aarón. Quiero entenderte, quiero comprenderte, quiero ayudarte.

Aarón rió

—Creo que quieres saber de mí para acabar conmigo. Eso es lo que creo.

Michael demudó el rostro. El no sentía aquellas palabras, pero era lógico que Aarón las pronunciara. Intentó responder, pero el camarero les interrumpió

— ¿Deseaba usted algo? —preguntó dirigiéndose a Aarón.

—Sí. Hemos decidido que vamos a quedarnos un poco más. Tráigame otro

café y para mi amigo...

Michael gesticuló con la mano haciendo saber que no quería nada.

—Para el nada entonces. Un café y un vaso de agua.

El camarero se retiró y Michael aprovechó el momento para continuar hablando

—Aarón, sobre lo que comentaste antes que nos interrumpiera. No deseo saber de ti para dañarte con ello. Realmente me resultas una criatura interesante y no te entiendo, quizás sea por eso por lo que quiero saber. Nada más. Debes creerme cuando te digo esto. Yo no dañaría a nadie. No soy tan rastrero como…

Aarón interrumpió nuevamente.

— ¿Como yo?

— ¡Yo no he dicho eso joder!

Aarón se sonrió

—Tranquilo Michael. Un ángel diciendo improperios—dijo con tono sarcástico—. ¿Hasta dónde vamos a llegar? Está bien. Si quieres saber, sabrás, pero ten cuidado. La información es el poder y abre muchas puertas al igual que cambia a las personas tanto como a los ángeles.

Michael noto una extraña sensación en su cuerpo. Ni la entendía ni podía distinguir si era producida por el temor hacia las palabras de Aarón o eran aquellas ansias y el deseo por saber.

—Deja que yo decida qué hacer con esa información. —le dijo.

—Está bien. Preguntaste cuando fue la última vez que estuve por Tenerife. Fue el 12 de julio de 1936. Una visita que le hice a Francisco. Francisco Franco Bahamonte.

2

El general se dirigió al ordenanza con tono malhumorado.

— ¿Has entendido bien lo que te he dicho? ¿El contenido del telegrama? —preguntó sentado tras la robusta mesa del despacho de la Capitanía.

El ordenanza que se mantenía firmes frente a él respondió con

marcialidad. Sus piernas temblaban.

—Sí mi General.

—Entonces que se tramite enseguida y quiero la confirmación cuando haya sido enviado.

—A sus órdenes mi General—respondió dando un taconazo para luego retirarse. Al cerrar la puerta doble del despacho el General quedó solo, sentado y pensativo en aquella sombría habitación que mantenía las cortinas cerradas evitando que una gran parte de luz del exterior entrara. Una voz le sobresaltó.

—Geografía poco extensa—oyó decir— Extraña manera de hacer saber a alguien que uno es un cobarde, ¿no cree mi General?

El General se puso en pie y de uno de los cajones de la mesa sacó un revólver empuñándolo tembloroso.

— ¿Quién anda ahí? —gritó

La voz contestó suave y pausadamente.

—Tranquilícese mi General. No estoy aquí para hacerle daño. Al contrario.

— ¡Maldita sea! —gritó nuevamente— ¿Quién es usted?, salga de donde se esconda. Quiero verle.

—Todo a su tiempo mi General.

Aterrado, hizo uso de su revólver y varias balas impactaron contra diferentes lugares del despacho.

¡A mí la guardia!, ¡a mí la guardia! —comenzó a gritar mientras sacaba del mismo cajón donde estaba el revólver una pequeña caja de cartón que contenían balas. Se parapeto tras la mesa y volvió a cargarlo mientras oía como el ruido de botas a la carrera comenzaba a sonar subiendo por las escaleras. La doble puerta del despacho se abrió con un estruendo y un joven oficial, revolver en mano, entró seguido de varios soldados que portaban fusiles.

— ¡Mi general! ¿Dónde está mi general? —gritaba el oficial—Buscad al General.

Los soldados siguiendo las órdenes comenzaron a hacerlo y él, sintiéndose seguro, salió de su escondite tras la mesa. La inesperada aparición

sobresaltó a varios de ellos que no dudaron en apuntarle.

—Bajad las armas, imbéciles—les ordenó el oficial y se dirigió raudo hacia él. — ¿Se encuentra bien mi General? Oímos disparos y a usted llamando a gritos a la guardia.

— ¡Hay alguien en mi despacho! —gritó—. Alguien ha entrado en mi despacho. Buscadlo.

— ¿Un intruso mi General?, pero eso es imposible. Se ha doblado la guardia y…

El General le interrumpió y agarrando con fuerza la solapa de la guerrera del oficial volvió a dirigirse a él con tono amenazador.

—No discuta mis órdenes. Hay alguien en mi despacho. Descorran las cortinas, que entre la maldita luz y busquen al intruso.

Tras acabar de hablar soltó con desprecio la guerrera. El joven oficial, que no esperaba aquella reacción tan violenta, asustado se limitó a saludar y se giró a los soldados.

—Ya habéis oído al General, correr las cortinas y buscar al intruso en el despacho. ¡Rápido, rápido! —les arengaba finalmente

Los soldados obedeciendo se dirigieron hacia las ventanas. Las mismas, que por órdenes se habían mantenido prácticamente cerradas por la sospecha de atentados contra su persona tras llegar a la isla, ahora dejaban entrar la brillante luz matutina. Tras hacerlo se giraron después hacia el despacho y nada. Excepto los cuadros que adornaban las paredes, algunos muebles y otra decoración, allí solo estaban ellos.

—Mi General—dijo el oficial dirigiéndose a él titubeante—No hay nadie.

El general se mantuvo en silencio absorto por la situación. Aquello que veían sus ojos no era lógico. Había oído una voz y notado la presencia de alguien. Sabía que no podía haber sido un sueño, pero y si quizás la tensión de los últimos días le hubiera pasado factura. Nuevamente se sentó en el sillón del despacho y se dirigió al oficial.

—Pueden retirarse, deseo estar solo.

El oficial nuevamente saludó y se dirigió a los soldados indicando volver a correr las cortinas.

—Déjelas como están. Quiero que entre la claridad.

—Pero mi General—contestó —las cortinas deben estar cerradas por su seguridad. Ya sabe que pueden estar vigilándole para atentar contra usted y…

—Retírese y déjelo todo tal y como está.

El oficial asintió y dio órdenes para que todos abandonaran la habitación. Saliendo el último, cogió ambas puertas de la entrada al despacho y las cerró. El General que observaba desde su sillón por una de las ventanas el exterior al oír cerrarse completamente las puertas se giró y la visión de una figura humana de pie frente a él le sobresaltó haciendo que volviera a empuñar su revólver. Lo elevó a la altura de su cara y apuntó. Se disponía a disparar sin mediar palabra cuando aquella figura habló.

—Sanjurjo caerá.

El General apuntó a la cabeza y martillo el revólver. El hombre se mantenía quieto en el centro del despacho y con voz calmada volvió a dirigirse a él.

—Y mañana Calvo Sotelo correrá la misma suerte. Creo que ha llegado su momento, mi General.

Asustado por estas últimas palabras afianzó con fuerza el revólver y se dispuso a abrir fuego contra el intruso levantándose del sillón.

— ¡Maldito anarquista! ¡Conmigo no vais a poder! Antes acabo contigo y con media España.

—Estoy seguro que lo hará— respondió con voz templada.

El general apretó el gatillo, pero nada. El revólver no disparó. Asustado volvió a hacerlo una y otra vez, pero todo fue en vano. Se sintió impotente y el miedo le invadió. Intentó llamar a la guardia, pero el terror se había aferrado a su garganta y le impedía hablar. Las piernas le flaquearon y quizás conocedor de su final se sentó nuevamente en el sillón. Un último pensamiento cruzó por su mente. Apoyó el revólver en su sien apretando una vez más el gatillo. Con más fuerza esta vez. Antes morir como un soldado y bajo su propia mano que por las de un asesino enviado para acabar con él. El revólver volvió a fallar. Tras oír el infructuoso clic y notar que seguía con vida simplemente se limitó a dejarlo sobre la mesa y esperar su final. Cerró los ojos y pacientemente esperó que una bala acabara ya con todo. Escuchó como el hombre, que hasta ese momento había permanecido inmóvil en el centro de la habitación, comenzaba a caminar lentamente y se dirigía hacia él. Pensaba que ya no quedaba nada para su final y recordó sus campañas en África y aquella bala que una vez le hirió en Yebala. ¿Sentiría nuevamente ese ardor que en aquella ocasión le cortó la respiración o ahora todo sería

más rápido? Luego el ruido de uno de los sillones que había frente a su mesa. Se había sentado en uno de ellos. Decidió abrir los ojos y lo vio detenidamente. Aquel hombre le miraba fijamente y una leve sonrisa esbozaba su cara.

—Tranquilo mi General, no soy un anarquista al que hayan enviado para acabar con su vida y menos estoy interesado en que se pegue un tiro, así que hágame un favor y deje de jugar con su revólver. Seguro que su padre le dijo alguna vez que las armas las carga el diablo.

El general no respondió. Se limitaba a observarlo. De faz morena y pelo corto oscuro vestía con un largo abrigo negro y se mantenía con actitud relajada sentado frente a él. Lentamente introdujo la mano en uno de los bolsillos del abrigo y sacó una caja de cigarros.

— ¿Tiene fuego? —preguntó

El General gesticuló negativamente con la cabeza.

—Es verdad, olvidaba que usted no fuma. Y si no tiene fuego supongo que ahora yo tampoco podré. En fin, ya habrá tiempo después.

— ¿Quién es usted y qué quiere de mí? —preguntó el General tímidamente— Si no ha venido a acabar conmigo entonces quién le envía ¿Ha sido Sanjurjo verdad?

El hombre volvió a introducir la caja de cigarros en el bolsillo y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón.

—Lo primero es lo primero. Mi nombre es Jesús.

— ¿Y su apellido?

—Simple y llanamente Jesús. Estoy aquí para proponerle digamos… un negocio.

El General se levantó del asiento y quizás confiado al ver que su vida no era el objetivo de aquel hombre volvió a mostrar autoridad en sus palabras y se dirigió a él.

—Si ha sido el General Mola quien le ha enviado dígale que soy libre de tomar mis decisiones tal y como la crea más conveniente para mí y para el bien de España. En estos momentos de incertidumbre la patria no está para…

Jesús le interrumpió con voz sosegada haciéndole callar

—General, creo que lo mejor es que se siente y me deje hablar. Lo que le voy a mostrar seguro que es de su interés.

El general obedeció y volvió a sentarse.

Jesús se desabrochó los botones superiores del abrigo e introdujo la mano. Asustado el General empuño una vez más el arma y le apuntó. Jesús paró y le miró fijamente a los ojos.

—Discúlpeme—dijo el General.

Tras ello, guardó el revólver en el interior del cajón de donde lo había sacado al verle la primera vez. Jesús asintió y continúo con su acción extrayendo un cilindro metálico de poco diámetro y unos treinta centímetros de largo. Estiró el brazo y se lo ofreció al General.

—Cójalo

El General, reticente, no se movió. Simplemente se mantuvo quieto observándolo e intentando leer las inscripciones que tenía talladas.

—Para ser un héroe de África carga mucho temor a sus espaldas. Créame. Lo que hay en su interior le librará de ese peso.

El General continuaba impasible y tras unos segundos simplemente se limitó a realizar una pregunta.

— ¿Qué es?

Jesús lo dejó sobre la mesa y volvió a recostarse observando como la mirada del General ya no se apartaba del porta documentos.

—Lo que ve es su futuro—dijo

La expresión del General cambio, y abriendo aún más los ojos a raíz de las palabras de Jesús, alzó la cabeza y le miró.

—A qué se refiere al decirme que es mi futuro. ¿Qué contiene este cilindro? Son órdenes de Mola, ¿verdad?

Jesús sonrió.

—Acabará antes si lo abre y lee detenidamente lo que hay en su interior.

El General sin retirar los ojos de Jesús exhaló con un sentimiento que unía el desprecio y la resignación. Cogió el cilindro y comenzó a examinarlo, pero no logró descubrir ninguna tapa que pudiera quitar o desenroscar. Lo estudió detenidamente, pero nada. Lleno de enfado golpeó con él la mesa

y allí lo dejo.

— ¿Qué clase de broma es esta? —grito.

Jesús se mantuvo inmutable al grito del General y tras varios segundos habló.

—Recuerde mi General que la paciencia es una virtud. Recuérdelo desde este momento. Ahora vuelva a coger el cilindro. Esta vez hágalo con una mano desde cada extremo y gírelas una en sentido contrario a la otra.

El General obedeció. Con decisión agarro como Jesús le había indicado ambos extremos del cilindro y siguió sus instrucciones. No tuvo que ejercer mucha fuerza ya que prácticamente al iniciar el giro el cilindró suavemente se separó a la mitad. Alejó ambos extremos y un rollo parecido a un pergamino hizo su aparición.

Alzó la mirada

— ¿Qué hago ahora? —preguntó

—Simplemente leer y cuando acabe darme una respuesta.

— ¿Una respuesta? ¿Sobre qué?

—Va a ser verdad que los gallegos no hacen más que preguntas—sonrió Jesús—Mi General, limitase a leer lo que hay escrito y cuando acabe ya hablaremos.

El General obedeciendo sacó aquel pergamino del tamaño de un folio y color envejecido para después, con cuidado, estirarlo sobre la mesa.

— ¿Se está riendo de mí? Aquí no hay nada escrito.

—Céntrese en el pergamino y lea. Ellas aparecerán

— ¿Ellas?

—Las palabras, sus deseos.

—No entiendo, ¿mis deseos? —dijo bajando la mirada nuevamente hacia el papel para al instante enmudecer.

Poco a poco las palabras aparecían como si una pluma invisible las escribiera y a medida que llenaban el pergamino iban desapareciendo para aparecer otras nuevas. El general leía sin levantar la vista y así estuvo cerca de dos horas hasta que, como si de un sueño se tratase, despertó

dirigiéndose nuevamente hacia Jesús.

— ¿Quién eres? ¿El diablo?

Jesús sonrió.

—No, puede estar tranquilo.

— ¿Entonces quién eres? ¿Sabes lo que hay escrito en este interminable papel?

—Sí, palabra por palabra. Hasta la última coma.

—Entonces explíqueme. Este papel habla de cómo será mi vida desde el mismo momento en el que yo firme este documento.

— ¡Exacto!

—Tú debes ser el diablo, dime la verdad o te juro que…

Jesús se levantó del sillón consiguiendo que el General callara y se retirara hacia el respaldo del suyo.

—Tranquilícese mi General. Creo haberle dicho que no soy el diablo, de hecho, soy, aunque no lo crea, más paciente que él. Estoy aquí para hacer un trato con el cual todos saldremos ganando. Usted firma este contrato y lo que ha leído, todo, se cumplirá. A cambio, yo tendré una parte de beneficios, no monetarios ni materiales, pero beneficios, al fin y al cabo.

— ¿Qué beneficios son esos?

—Están estipulados en el contrato, solo tiene que leerlos.

— ¿Mi vida?

— ¿Para qué quiero su vida? No me interesa. La podía haber tenido desde el mismo momento en el que entré en esta habitación.

El General se mantuvo en silencio unos segundos mirando nuevamente el pergamino.

— ¿En verdad seré Caudillo de España?

—Está escrito.

Quedó inmóvil meditando unos minutos para luego estirar el brazo hacia

una de las plumas que reposaban en los soportes de su despacho.

—Con esas no mi General —dijo Jesús mientras introducía la mano en el bolsillo de su camisa para sacar una robusta pluma plateada con inscripciones talladas a lo largo. Quitó la tapa y se la entregó.

El General la cogió firmemente observándola unos segundos.

— ¿Dónde debo firmar? — preguntó

—Da igual. Simplemente apoye la punta sobre cualquier lugar en el pergamino y firme.

Así lo hizo. Acercó la pluma hacia el pergamino y a medida que lo hacía, las palabras se alejaban proporcionándole un espacio para firmar. Finalmente, la punta lo tocó y en ese instante sintió el dolor de miles de agujas atravesando su mano. Gritó, pero su voz no se oyó. Estaba paralizado. Solo pudo alzar los ojos hacia Jesús para luego volver a mirar su mano la cual ahora se manejaba sin gobierno comenzando a dibujar su firma.

Cuando acabó de hacerla, Jesús cogió la pluma de entre sus dedos y nuevamente pudo moverse.

—Pues ya está mi General. Como ve no ha sido tan difícil, ¿verdad?

El General exhaló

— ¿Qué ha sido eso? ¿Por qué no he podido moverme y solo lo hacía mi mano sin que pudiera evitarlo?

—Es simple rutina— respondió mientras enrollaba el pergamino ya firmado y estiraba el brazo para entregárselo. —Esto es para usted y esto para mí—finalizó diciendo mientras recogía los dos partes del cilindro y unirlas nuevamente para luego guardarlo bajo su abrigo.

— ¿Y ahora qué debo hacer?

— Lo que ha firmado, así que cuide el pergamino ya que es su vida — le respondió mientras se alejaba hacia la puerta.

—Lo haré. Una cosa más por favor.

Jesús se giró y le miró

— ¿Qué desea?

— ¿Volveré a verle? ¿Si tengo alguna duda me la podrá resolver?

Jesús volvió a caminar hacia las puertas del despacho y las abrió.

—Todo está escrito mi General. Simplemente debe leer.

—Leer—murmuró

Desde la puerta Jesús observaba al General aferrando el pergamino con ambas manos.

— ¿Sabe que me gustan los dragones?

El General despegó la mirada del pergamino y lo miró extrañado

— ¿Los dragones?, no entiendo.

Jesús sonrió.

—Lo entenderá mi General, ya verá como lo entenderá

3

Aarón puso sobre el platillo el dinero de la cuenta y ambos se levantaron

—Creía haberte dicho que esta vez al café invitaba yo

Aarón sonrió.

—Ya habrá otro momento, además, me apetece almorzar hoy contigo. Tú invitas. Ahora paseemos un poco. Quiero ver si ha cambiado mucho esta ciudad.

Ambos salieron del bar bajando las escaleras. Cruzaron la pequeña rambla aledaña al mercado y se dirigieron hacia un parque donde unos majestuosos laureles de indias daban una extensa sombra.

—Todo esto era antes un cuartel. Lo recuerdo. El cuartel de San Carlos.

Michel asintió levemente y siguieron caminando. Estaba buscando las palabras justas para seguir la conversación y saber más pero no daba con ellas. De pronto, el brazo de Aarón golpeó suavemente su pecho obligándole a frenar en seco. La campanilla de un tranvía le hizo darse cuenta del porqué de su gesto. Pocos centímetros le separaron de las vías y del paso del vehículo.

—Ten más cuidado Michael. Sería peculiar verte cómo justificas a la policía

porque un tranvía te arrolla y no te hace ni un rasguño, ¿no crees?

Michael lo miró.

— ¿Volviste a verlo alguna vez?

— ¿A Franco?

Aarón siguió caminando.

—Muchas veces. Tengo relación con ellos mientras viven y en ocasiones percibo lo que sienten, sobre todo sus preocupaciones. La mayoría relacionadas al no llevar el contrato como está estipulado.

— ¿A qué te refieres?, está todo escrito en esos contratos. Simplemente deben seguirlos.

Aarón soltó una carcajada

—Pobre e inocente Michael. ¿Acaso conoces a alguna persona que cumpla las normas a rajatabla?

—Sí, yo.

Aarón volvió a reír y dio unas palmadas sobre su propio pecho.

—Pues aquí tengo un contrato para ti, ¿quieres probar suerte?

Michael no respondió

—Lo suponía. Serías un buen cliente además de todo un reto, pero mejor hablemos de otro tema. Me habías preguntado si volví a ver a Franco y te dije que sí. Fue a los pocos meses, ya sabes cómo era ese hombrecillo malhumorado. El poder empezó a darle confianza y era cuestión de tiempo que una anomalía surgiera en el contrato.

— ¿Anomalía?

Aarón asintió y continuó explicándose.

—Una de las características de los contratos, digamos la más peculiar, es que si el firmante no cumple con sus designios como está escrito, aparecen unas variantes que el poseedor debe descifrar.

— ¿Y qué ocurre si no lo hace?

—Probablemente muera—sentenció con firmeza

—Pero eso no es justo. Les haces firmar un documento que quizás no puedan cumplir a cambio de sus almas cuando mueran, pero por si acaso su vida es larga, les vas poniendo trabas por el camino. Con eso lo que consigues es que nunca se rediman y sus almas sean tuyas cuanto antes.

—No vayas tan rápido amigo—contestó Aarón mal humorado mientras se colocaba frente a él frenándole el paso—Recuerda esto. Yo no hago las reglas. Cuando empecé este juego ya estaban escritas y además esas anomalías tampoco me gustan. Cada vez que alguien no sigue el camino predestinado y aparecen tengo que intentar enmendar el error. Me resulta de poco valor conseguir un alma pronto y tú deberías saberlo. Cuanto más tiempo andan por el mundo más fuertes son y cuanto más mal almacenan más poderosas llegan a ser, y esas son las que sí tienen más valor.

—Entonces explícame por qué estás toda una vida con una sola alma si podría conseguir cientos gracias a esas anomalías.

Aarón se giró y siguieron caminando.

—Pareces nuevo en esto. El poder de un alma que ha cosechado odio y maldad durante toda una vida es cien veces más fuerte que un alma que ha caído en la primera anomalía. ¿Entiendes ahora el por qué me preocupa que lleguen hasta el final de sus días?

—Entiendo.

—No creo que llegues a hacerlo

Michael cayó en un profundo silencio y siguieron caminando. Pasado unos minutos fue Aarón quien inició la conversación.

—Durante su vida tuvo muchísimas anomalías. Todas por no seguir lo escrito, pero era lógico que le ocurriera. El miedo a perder el pergamino le llevo a esconderlo y solo lo leía una vez al año. Estúpido, no recuerdo cuantas veces le dije que no hiciera eso; pero él sabía que no tenía nada de qué preocuparse. Llegó incluso a construir un monumento majestuoso con falsos pretextos para que le sirviera como escondite y ese mismo monumento y las vidas que se perdieron durante su construcción hicieron más valiosa su alma.

— ¿Explícame el porqué llegó a saber que no tenía nada de qué preocuparse? —preguntó Michael extrañado

—Se percató que me interesaba más vivo que muerto. Me convertí en su

guardaespaldas. Me dio mucho trabajo, pero finalmente valió la pena.

—Lo crees realmente, ¿verdad?

Aarón sonrió.

—No lo creo Michael. Lo sé. Cuarenta años de dictadura dan para engendrar mucho mal y mucho odio.

—Cuarenta años de horror—murmuró Michael bajando la cabeza.

Aarón intentó con sus palabras aliviar la pena de Michael

—Ni tú ni yo somos culpables de lo que ocurre. Siempre deberías recordar eso. Simplemente cumplimos las normas que nuestros jefes han escrito. Solo somos soldados en una guerra que quizás tu no quisieras luchar, pero desgraciadamente estás metido en ella.

Michael alzó la cabeza y miró enfadado a Aarón

—Tu señor es un maldito. No genera más que destrucción; y tú no eres más que un vil siervo de toda esa barbarie. Eres su esclavo

Pese a las duras palabras de Michael, Aarón no cambió su actitud y siguió hablando con tono conciliador.

—No Michael, no es mi Señor. Simplemente es mi jefe. Tenemos un trato y si